



Ernst
Jünger

LA
EMBOSCADURA

TUSQUETS
EDITORES

Ernst Jünger
LA EMBOSCADURA

Traducción del alemán
de Andrés Sánchez Pascual

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Der Waldgang*

1.ª edición en esta presentación: marzo de 2023
1.ª edición en colección Ensayo: noviembre de 1988

© 1951, 1980 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 2023
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-251-9
Depósito legal: B. 1731-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Nota introductoria</i>	9
La emboscadura	13
Sumario	189

«Irse al bosque», «emboscarse» — lo que detrás de esas expresiones se esconde no es una actividad idílica. Antes al contrario, el lector de este escrito habrá de disponerse a emprender una excursión preocupante, que da que pensar, la cual conducirá no solo allende los senderos trillados, sino también allende los límites de este libro.

La cuestión de que aquí se trata es una cuestión nuclear de nuestro tiempo,* es decir, una cuestión que en todo caso entraña peligros amenazadores. Al igual que lo hicieron en su momento nuestros padres y nuestros abuelos, también nosotros hablamos mucho de «cuestiones». De entonces acá eso que se denomina en este sentido *una cuestión* ha sufrido cier-

* En esta obra aparecen con frecuencia las expresiones «nuestro tiempo» y «nuestro siglo». Como fue publicada en 1951, es obvio que en ella «nuestro siglo» significa el siglo xx y que «nuestro tiempo» se refiere a la época alrededor de 1950. Un signo de la grandeza de estas consideraciones de Ernst Jünger es, como el lector podrá pronto comprobar, que se vuelven tanto más actuales cuanto más se alejan de aquel momento concreto. (*N. del T.*)

tamente cambios significativos. ¿Hemos llegado a cobrar consciencia de esto en grado suficiente?

No quedan tan lejos de nosotros los tiempos en que tales cuestiones eran vistas como grandes enigmas — como el «enigma del mundo», por ejemplo — y abordadas con un optimismo que se creía capaz de hallarles solución. Las otras cuestiones diferentes de estas eran consideradas más bien como problemas prácticos; así, la cuestión femenina o la cuestión social en general. También de estos problemas se pensaba que tenían solución, aunque esta no se esperaba tanto de la investigación cuanto de la evolución de la sociedad hacia unos órdenes nuevos.

Entretanto la cuestión social ha quedado resuelta en vastas zonas de nuestro planeta. La sociedad sin clases ha hecho evolucionar de tal manera esa cuestión, que esta ha pasado a convertirse más bien en una parte de la política exterior. Esto no quiere decir, naturalmente, que estén desapareciendo sin más las cuestiones, como se creyó en los primeros momentos de euforia —afloran a la superficie, por el contrario, otras cuestiones que son distintas de las anteriores y más candentes que ellas. Con una de estas cuestiones vamos a ocuparnos aquí.

El lector habrá hecho ya en sí mismo la experiencia de que la esencia de las «cuestiones» ha sufrido cambios. Vivimos en unos tiempos en que continuamente están acercándose a nosotros poderes que vienen a hacernos preguntas, a plantearnos cuestiones. Y esos poderes no están llenos únicamente de un afán ideal de saber. Al aproximarse a nosotros con sus cuestiones, lo que de nosotros aguardan no es que aportemos una contribución a la verdad objetiva; más aún, ni siquiera aguardan que contribuyamos a la solución de los problemas. A lo que esos poderes conceden valor no es a nuestra solución, sino a nuestra respuesta a las preguntas que ellos nos hacen.

Esta diferencia es importante. Aproxima la cuestión al cuestionario, la interrogación al interrogatorio. Es algo que puede estudiarse bien en la evolución que lleva de la papeleta del voto al folio del cuestionario. La papeleta de voto tiene como objetivo verificar unas relaciones numéricas y evaluarlas. Pretende averiguar qué es lo que el votante quiere, y el proceso electoral se orienta a que esa voluntad del votante pueda expresarse limpiamente, sin sujeción a influencias ajenas. De ahí que la votación vaya acompañada

también de un sentimiento de seguridad y aun de un sentimiento de poder, tal como corresponde a un acto libre de la voluntad ejecutado en el ámbito del derecho.

El hombre de nuestros días que se ve precisado a responder a un cuestionario está muy lejos de sentir tal seguridad. Las respuestas que da se hallan cargadas de graves consecuencias; de las contestaciones que ese hombre dé depende a menudo su propia suerte. Vemos cómo el ser humano está llegando a una situación en la cual se le exige que él mismo genere unos documentos calculados para provocar su ruina. Y son a menudo cosas tan irrelevantes las que hoy en día provocan la ruina...

Es evidente que lo que está empezando a manifestarse en este cambio del modo de hacer preguntas es un orden de cosas enteramente diferente del que encontrábamos a comienzos de nuestro siglo. En este nuevo orden no existe ya la antigua seguridad, y nuestro pensamiento se ve forzado a acomodarse a ello. Las preguntas arremeten contra nosotros con un rigor y una urgencia cada vez mayores, y nuestro modo de contestar adquiere una significación cada vez más grave. Aquí es preciso tener en cuenta que también el callar es una respuesta. Nos preguntarán entonces por qué hemos callado en tal momento y en tal lugar y nos pasarán la factura. Tales son las disyuntivas de nuestro tiempo, a las que nadie escapa.

Es notable el modo en que, así las cosas, todo se convierte en una respuesta, tal como aquí la entendemos, con lo cual todo se convierte también en materia de responsabilidad. Tal vez no veamos todavía

con claridad suficiente, ni siquiera hoy, en qué medida la papeleta de voto, por poner un ejemplo, se ha transformado en folio de cuestionario. Pero eso lo tiene desde luego bien claro, en la medida en que *actúa*, todo ser humano que no posea realmente la suerte de vivir en un parque de protección de la naturaleza. Son nuestras actuaciones, más bien que las teorías que formulamos, las que hacen que estemos a tono con los peligros que nos amenazan. Ahora bien, solo adquiriremos una seguridad nueva si recapacitamos sobre esto.

El votante en que aquí estamos pensando se acercará, pues, a la urna con unos sentimientos enteramente distintos de aquellos que experimentaban su padre o su abuelo. Desde luego que hubiera preferido con mucho mantenerse alejado de la urna; ahora bien, en ese alejamiento se hubiera expresado una respuesta inequívoca. Pero también aparece peligrosa la participación, pues no debemos olvidar que existe la dactiloscopia, la ciencia de las huellas digitales, y también unos métodos estadísticos muy sutiles. ¿Por qué, pues, votar, es decir, elegir, en una situación en que ya no queda elección?

La respuesta que a esta pregunta se da es que, al ofrecerle a nuestro votante la papeleta de voto, se le ofrece la ocasión de participar en un acto de aclamación. No a todo el mundo se lo considera digno de semejante ventaja — así, en las listas faltarán, sin ningún género de duda, los nombres de los innumerables desconocidos de los que se reclutan los nuevos ejércitos de esclavos. De ahí que el votante acostumbre a saber qué es lo que de él se aguarda.

Hasta aquí las cosas están claras. A medida que van desarrollándose las dictaduras, van reemplazando también las elecciones libres por los plebiscitos. Pero el ámbito abarcado por estos es mayor que el que, con anterioridad a ellos, ocupaban las elecciones. Lo que ocurre es, más bien, que la elección misma se convierte ahora en una de las modalidades del plebiscito.

Este puede tener un carácter público, lo cual ocurre en los sitios donde se exponen a la vista los caudillos o los símbolos del Estado. El espectáculo de grandes masas movidas por las pasiones es uno de los más importantes signos indicativos de que hemos entrado en una edad nueva. En los sitios donde se ejerce tal fascinación, domina, si no la unidad de ánimo, sí la unidad de voces, pues si aquí se alzase una voz diferente formaríanse a su alrededor remolinos que aniquilarían a quien la dijese. De ahí que la persona singular que quiere hacerse notar de esa manera pueda también decidirse en el acto a cometer un atentado: en sus consecuencias aboca a lo mismo.

Pero en los sitios donde el plebiscito se disfraza con la modalidad de las elecciones libres se concederá valor a mantener secreto su carácter de plebiscito. La dictadura pretende de ese modo aducir una demostración no solamente de que se apoya en la mayoría, sino de que el aplauso de esta tiene al mismo tiempo sus raíces en la libre voluntad de cada cual. El arte del caudillaje no consiste solo en plantear bien la pregunta, sino, a la vez, en escenificarla bien, en su puesta en escena; y esta es un monopolio. La puesta en escena tiene la misión de presentar el proceso como un coro avasallador, que mueve a terror y admiración.

Hasta aquí las cosas parecen clarísimas, aunque a un espectador de cierta edad le resultan desde luego novedosas. El votante se ve confrontado a una pregunta tal, que resulta recomendable contestarla en el sentido deseado de quien la hizo, y ello por motivos aplastantes. Pero la verdadera dificultad está en que al mismo tiempo debe conservarse la ilusión de la libertad. Con ello la cuestión desemboca en la estadística, como en ella desembocan todos los procesos morales que se dan en estos ámbitos. Vamos a ocuparnos en sus detalles con cierto detenimiento. Ellos serán los que nos conduzcan a nuestro tema.